



Fábula de la tradición oral escandinava
(Versión y traducción del sueco: Víctor Montoya)

Los tres chivos Bruse

Érase una vez tres chivos que tiraban hacia el monte, a engordar con el pasto más verde y abundante. Los tres se llamaban Bruse. En el camino había un puente y debajo del puente vivía un duende, quien tenía los ojos como platos y la nariz larga como palo de escoba.

El chivo Bruse pequeño fue el primero en llegar al puente.

Tripp, trapp, tripp trapp, se escucharon sus menudos pasos.

- ¿Quién es el que cruza por mi puente? - preguntó el duende.

- Soy yo, el chivo Bruse más pequeña - contestó con voz tierna -. Voy hacia el monte a engordar.

- ¡Ahora vengo y te como! - gritó el duende.

- ¡Oh, no! ¡No me comas! ¡Soy pequeño, muy pequeño! Espera un instante, que ya viene el chivo Bruse mediano. ¡Él es más grande!

- Entonces te dejo pasar - dijo el duende.

Al cabo de un tiempo llegó el chivo Bruse mediano.

Tripp, trapp, tripp trapp, se escucharon sus pisadas fuertes.

- ¿Quién es el que cruza a trancos por mi puente? - preguntó el duende.

- Soy yo, el chivo Bruse mediano - contestó con voz delgada -. Voy hacia el monte a engordar.

- ¡Ahora vengo y te como! - gritó el duende.

- ¡Oh, no! ¡No me comas! Espera un poco, que ya viene el chivo Bruse grande. ¡Él es grande, muy grande!

- Entonces te dejo pasar - dijo el duende.

Al poco rato llegó el chivo Bruse grande.

Tripp, trapp, tripp trapp, se escucharon sus pasos pesados, que hicieron crujir el puente.

- ¿Quién es el que cruza a zancadas por mi puente - preguntó el duende.

- Soy yo, el chivo Bruse grande - contestó con voz fuerte.

- ¡Ahora vengo y te como! - gritó el duende.

- ¡Ven nomas! ¡Tengo los cuernos puntiagudos para arrancarte los ojos y las patas duras para hacerte pedazos! - advirtió el chivo Bruse grande, abalanzándose sobre el duende, a quien le arrancó los ojos con las astas, le molió los huesos a patadas y de una cornada lo lanzó por los aires. El duende fue a dar tan lejos, que desapareció para siempre.

Después los tres chivos Bruse corrieron al monte, donde comieron abundante pasto verde, hasta engordar tanto que no pudieron volver a casa. Y si la grasa en sus cuerpos, entonces están todavía en el monte.

Víctor Montoya. Escritor nacido en Bolivia, con residencia en Estocolmo, Suecia.

Adela Zamudio:

E I V



A un prado, nunca hollado, en que la grama formaba selva espesa y sobre la cual se erguían, a modo de palmeras, esbeltas umbelíferas, había acudido la multitud a festejar la llegada de la risueña Diosa Primavera.

Era la fiesta anual, siempre la misma. La hermosa palingenesia de un mundo efímero que resurgía una vez más bajo el influjo de la estación.

Los gérmenes, rasgadas las paredes de su cárcel, se alzaban impacientes. Las larvas despertaba. Había llegado la hora del tránsito dichoso hacia la luz.

En aquella mañana esplendorosa, grandes y chicos, hermosos y grotescos, todos en traje de gala, mezclados, confundidos, en huelga universal, flotaban con delicia en el ambiente saturado de efluvios húmedos y tibios.

Todas las clases se hallaban representadas en la revuelta y heterogénea muchedumbre. Veíanse allí coleópteros togados, que, perdiendo de pronto su gravedad, desbozaban sus élitros rígidos y ahuecados, para estirar la gola encarrujada de sus frágiles alas interiores, saltarinas y tjeretas, ortópteras que abrían sus abanicos, semejante a serpentinatas; lujosas lepidópteras de todo género; ya pesadas y airoas como majas, ya ligeras como grisetitas; todas pintarrajadas de carmin o cubiertas de polvo de oro.

Aquí y allí se pavoneaban los himenópteros bronceados, entre los cuales descollaba el Tábano zumbón; y en fin, en todas partes la turba alegre de pilluelos, los Mosquitos, igualmente malignos y zumbones. Diseminados en la inmensa muchedumbre, avanzaban también, un poco temerosos de un golpe inesperado de la policía, los socialistas de baja estofa: Polillas, Saltamontes y Gorgojos, y sus audaces colaboradores: La Altisa y la Filóxera.

De repente, provocando un murmullo general, presentábase alguna celebridad: alguna noble inventora, de ésas que dotaron a la industria de productos útiles: una Crisálida benemérita, antiguo Gusano de Seda, que acababa de darse a luz convertida en Mariposa -Una Abeja Reina y sus obreras- una Modesta Cochinita, tipo de abnegación; o bien, una simpática legación de Hormigas aladas en su sencillo traje diplomático.

Y en torno de esa pléyade brillante, la multitud anónima; miríadas de animalículos sin nombre, incubados en la inmundicia, girando hacia los centros en que anhelaban ser...

Abajo, en las sombrías avenidas de la floresta de grama, se paseaba así mismo la multitud pedestre: Miriápodos y Arácnidos y entre ellos, más de un sujeto de sinistra catadura - torva la horrible mirada de ocho ojos el aguijón envenenado, dispuesto a herir.

La fiesta, pastoril en la mañana, habíase convertido al declinar la tarde, en carnaval frenético. Grupos de chupadoras aclamaban a la Diosa rindiendo culto a Baco en el cáliz sabroso de las flores. La inmensa mascarada, ensordecida por su propio zumbido universal, iba y venía en corso inacabable alrededor del prado. Allí ruidosa y estridente estudiantina de cigarras - aquí grotesco grupo de panzudos moscardones ceñidos de lucente tornasol azul y verde, agitando sus alas de velillo a guisa de panderetas - Más lejos, saltarines y tjeretas, o bien, comparsa alegre de mariposas luciendo luengas faldas cuyos colores chillones contrastaban con el tocado aristocrático de las neurópteras de breves alas y figura esbelta.

Junto a aquel prado, corría un arroyo de dos metros de ancho, que para aquellos seres diminutos tenía el aspecto de un río navegable. Muchos sedientos hundían la trompa en su corriente. No lejos de la orilla, bajo una piedra sombreada por obscura parietaria, bohemio artista, un Grillo, tranquilo espectador de aquel tumulto, ocultaba su pobre traje y su figura desgarbada.

Caía la tarde. Luciolas diligentes encendían ya focos de luz. La fiesta iba a concluir. Un soplo de la brisa estremeció un rosal que inclinaba sus flores sobre las aguas. Cayeron varios pétalos. Una pálida Libélula llegó volando a la orilla; plegó sus alas de tul y se dejó caer rendida en la concavidad de un pétalo de rosa. La frágil embarcación, con su pequeña carga, se balanceó un instante en un remanso y luego huyó arrastrada por la corriente.

El Grillo exhaló un débil cri-cri y, a pequeños saltos, se internó en la selvática espesura de grama donde reinaba ya profunda sombra.

De vez en cuando, un tímido rayo de luna, deslizándose por el follaje alumbraba

sus pa
sólo in
No
Va
bóved
recon
de ver
no tar
en dos
más b
soport
herrac
arabas
dura y
El
Sombri
singul
do. Su
disting
cavida
En
- ¿
afabili
va de
nuest
prodig
manifi
debajo
lateral
celdas
ción u
lo com
en ell
poniar
más a
En
se entr
izquier
acabo
que co
en su
formai
En
el acu
anteri
hubier
bado y
La
que le
compa
alás c
entres
Esi
celosid
interie
odgrifi
agujer
En
Oficin
en ell
de dos
Centr
a las
Cal
divers